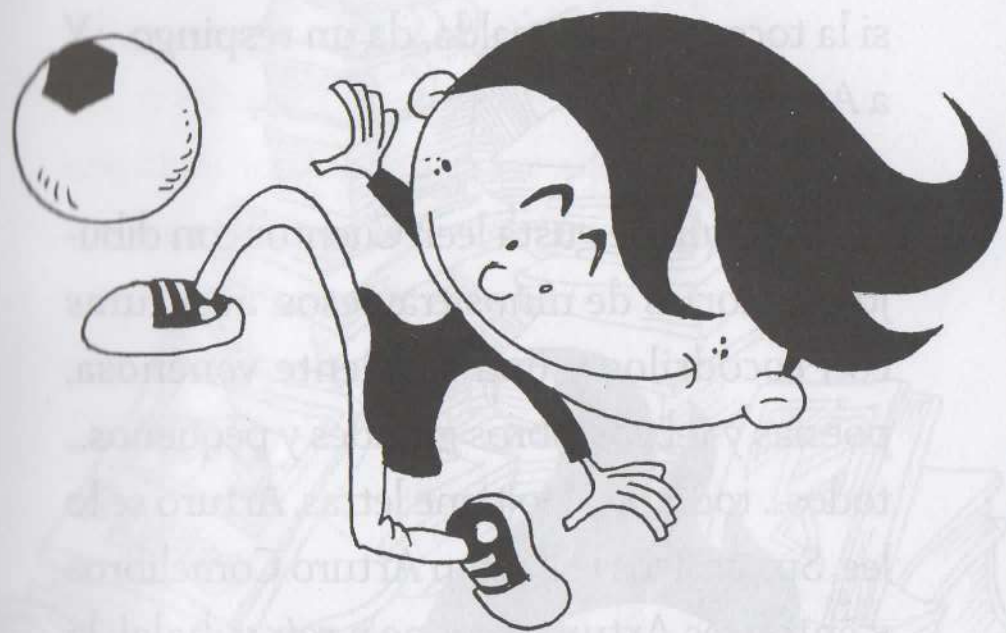


**A**rturo es un chiquillo como tú. Por la mañana va al colegio y luego come macarrones y luego vuelve a la escuela y así muchos días, como tú y como tu amiga. Por la tarde, si hay deberes, estudia un poquito y después a divertirse, se come un bocadillo de jamón (de color rosa, no de ese que es rojo oscuro) y juega con Nacho y con Javier, con Elena y con María. Cena con sus padres y con Daniel, su hermano pequeño, al que no le gusta la leche y que se infla de yogures. Ya se hace de noche, se lava los dientes y se prepara para irse a dormir. ¡Qué sueño! Hablad bajito, que Arturo se está durmiendo.



Arturo siempre está alegre. Cuando se ríe, contagia a todos los demás, si le vierais cuando le da un ataque de risa..., aunque os tapéis la boca empezaríais a reiros porque, ya lo he dicho, las carcajadas de Arturo son contagiosas. Ja, ja, jo, jo, jo, ¿lo veis?, ya me río con sólo pensarlo. ¡Ay, qué risa!

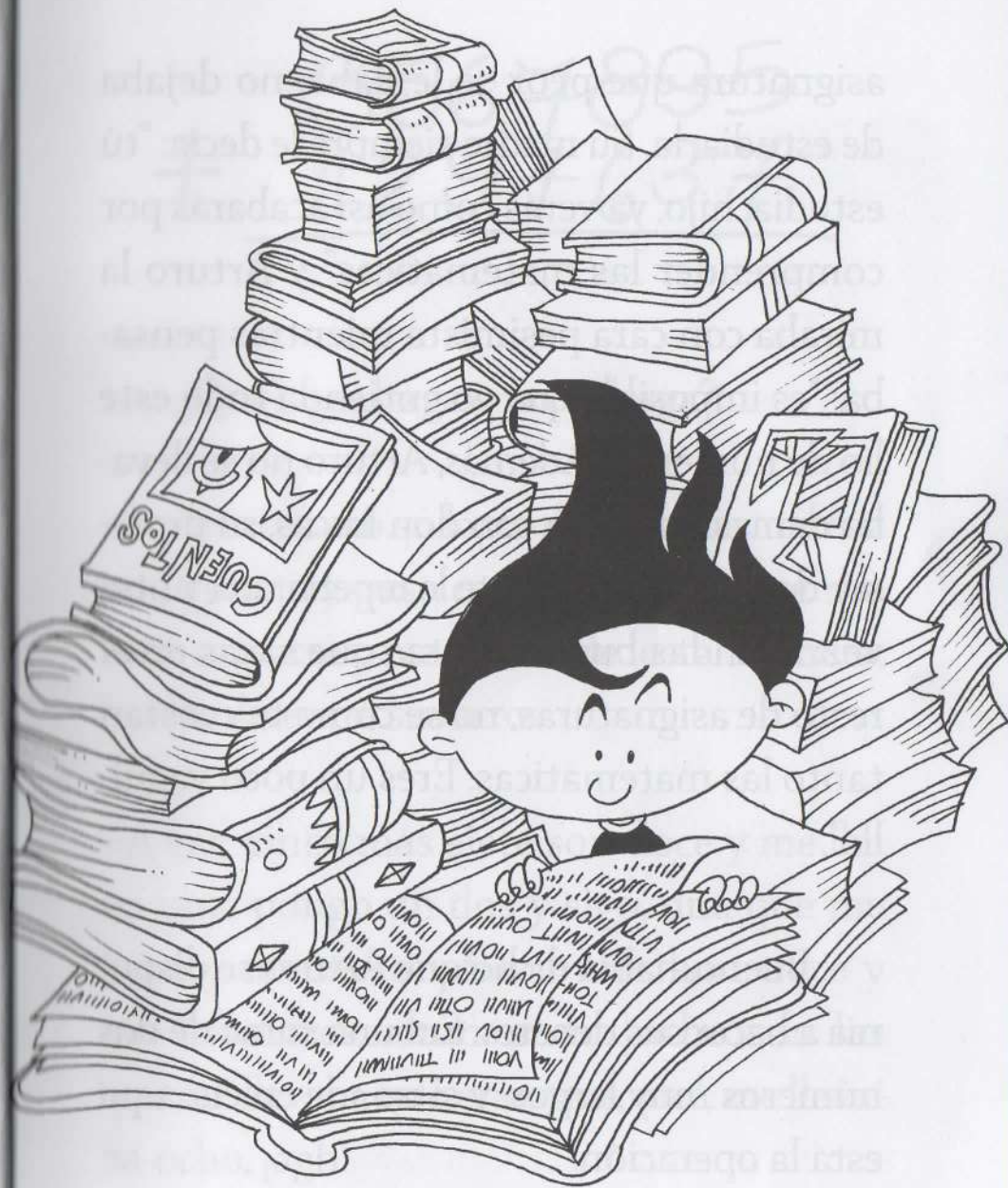


Hay niños y niñas a los que les encanta jugar al fútbol; a Pedro le chifla ver dibujos animados; Marisa disfruta pintando con su caja de colores; Ruth y Nacho se pasan todo el día hablando de fantasmas y de casas encantadas con ruidos de miedo; Paloma siempre está pensativa... como en la Luna, y

si la tocas por la espalda, da un respingo. ¿Y a Arturo?

A Arturo le gusta leer. Cuentos con dibujos, historias de niños traviesos, aventuras con cocodrilos y una serpiente venenosa, poesías y tebeos, libros grandes y pequeños... todos... todo... si algo tiene letras, Arturo se lo lee. Sus amigos le llaman Arturo Comelibros y entonces Arturo se pone a reír y ¡hala!, la epidemia, todos a troncharse.

Una tarde, cuando Arturo llegó a casa, antes de jugar con los amigos, tenía deberes que hacer. Le tocaba matemáticas, o sea, mates, como dicen todos sus compañeros. Arturo no entendía muy bien lo de los números, áreas y ecuaciones, y aunque era la



asignatura que peor se le daba, no dejaba de estudiarla. Su madre siempre le decía: “tú estudia, hijo, ya verás como así acabarás por comprender las matemáticas” y Arturo la miraba con cara pesimista mientras pensaba: “es imposible que yo entienda todo este lío de números”. Además, Arturo no se llevaba demasiado bien con don Lucas, su profesor de matemáticas; éste le repetía una y otra vez: “Con las buenas notas que sacas en el resto de asignaturas, no sé cómo te cuestan tanto las matemáticas. Eres un poco vaguillo”.

Bueno, había dicho que Arturo se disponía a hacer sus deberes. Era una suma de dos números muy largos, y si no me creéis, aquí está la operación:



$$\begin{array}{r} 3567895 \\ + 1297637 \\ \hline \end{array}$$

¿Qué?, ¿es larga o no es larga?

Arturo sacó su lápiz del estuche, miró si tenía punta y puso cara de científico pensativo mientras razonaba de esta manera, hablando entre susurros:

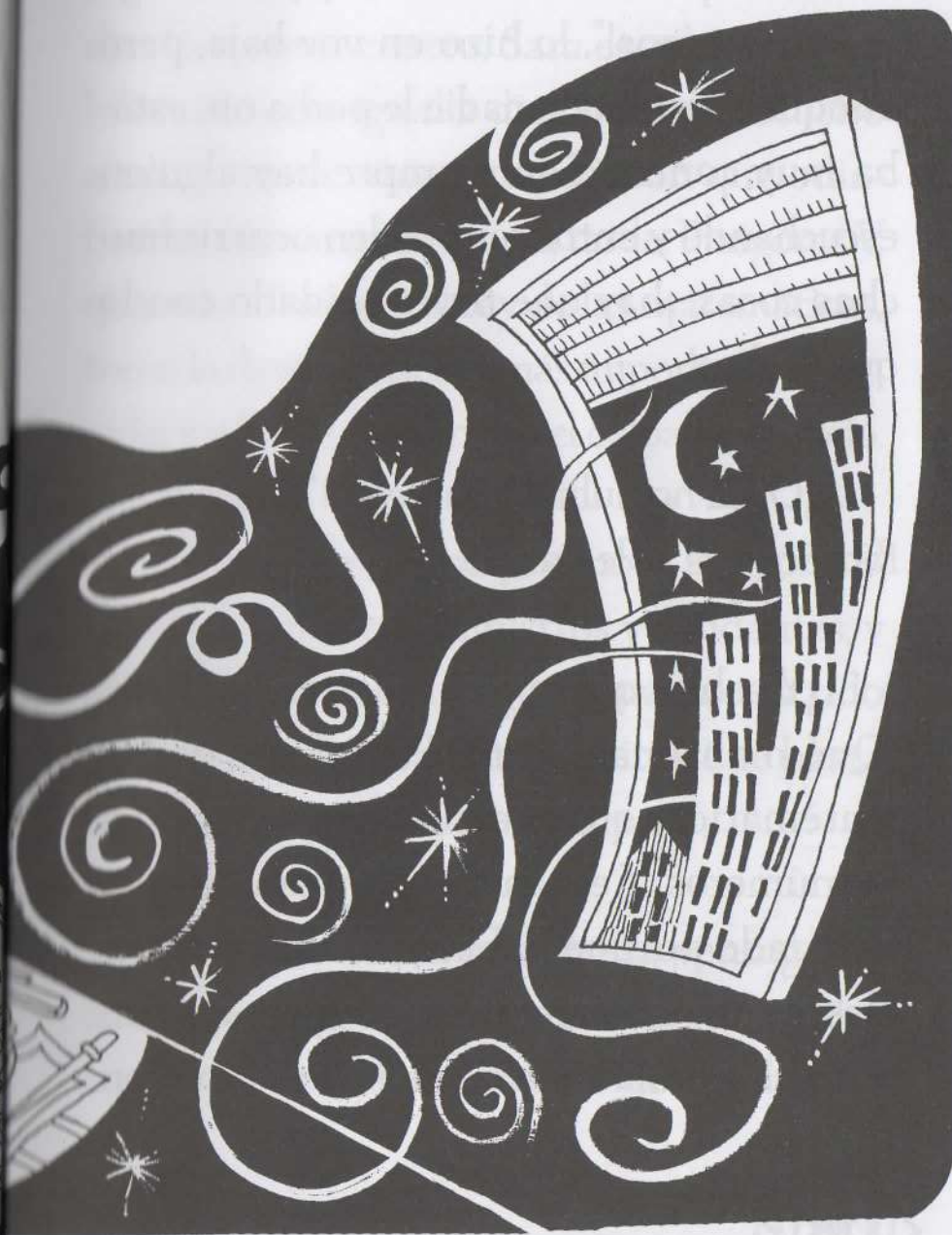
—A ver, cinco más siete son doce y me llevo una, pongo un dos y sigo, una que me llevo y nueve son diez y tres son trece y me llevo tres, ahora sumo ocho con las que me llevaba que eran tres, ¡no!, me llevaba ocho, ¡agh!



Se confundió y se enfadó. Arturo murmuró:

—¡Ojalá no hubiera números!

Lanzó el lápiz sobre la hoja, borró lo que había escrito y ya se disponía a volver a comenzar... pero eso ya no nos interesa.



Cuando Arturo exclamó: “¡ojalá no hubiera números!”, lo hizo en voz baja, pero aunque él creía que nadie le podía oír, estaba muy confundido: siempre hay alguien escuchando y entonces pueden ocurrir muchas cosas, ¡hay que tener cuidado con lo que se dice!

“¡Ojalá no hubiera números!” fue la frase fatídica que se le escapó.

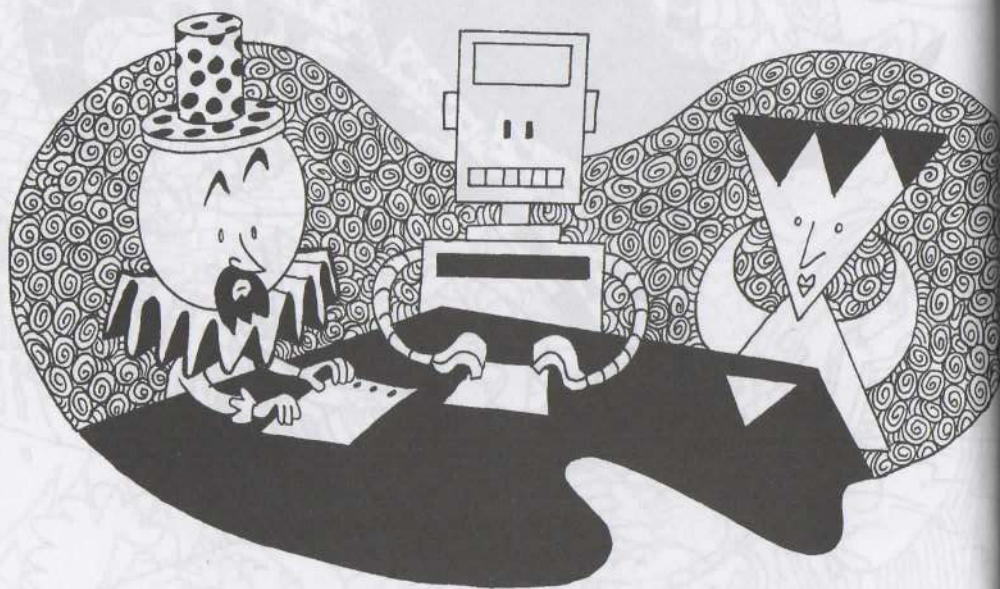
¿Y sabéis quién oyó esa exclamación? ¡Qué malísima suerte! Fue el rey de las matemáticas quien escuchó ese insulto a los números. Y esa tarde el rey estaba muy enfadado porque había visto cosas terribles: en un examen, un niño puso que un triángulo tenía cuatro lados; un señor con

bigote buscaba una calculadora para dividir doce entre cuatro; Sara escribió que un kilómetro era igual a diez metros; escuchó a veintinueve niños que dijeron que odiaban las matemáticas. Y esa tarde, Pitágoras V, que así se llamaba el rey de las matemáticas, tomó la determinación más importante de su vida, y además fue Arturo el culpable de todo.

En un lugar que nadie conoce, Pitágoras V reunió a todos sus ministros y ayudantes, y éstos sabían que algo grave había ocurrido porque el rey daba tantos gritos que hasta las circunferencias se asustaron.

Alrededor de la gran mesa pentagonal se sentó un grupo de extraños personajes con aspecto de haber salido de un libro de

matemáticas. Además no paraban de moverse, como si les hubiera picado una avispa: uno con forma de rectángulo se convertía en trapecio y luego en rombo; una bisectriz se transformó en mediatriz; un quince se volvió un cincuenta y uno; y así con todos. Tenían unos nombres un poco



raros: Pitágoras V presidía, y luego estaban Numerón, Rectol, Multiplicón, Diámetra y Radia, Negativorio, Triangulín, Ángula, Rombín, Diagonol, Decimalina y otros muchos más, así hasta llegar a veinticinco, ¡claro!, cinco en cada lado de la mesa.

Pitágoras V se levantó y habló despacio, alto y claro:

—Os he convocado para comunicaros una decisión muy importante que quiero tomar. Hace ya algún tiempo que en la Tierra están atacando a las matemáticas, ¿qué os voy a contar que no sepáis?, y hoy, un tal Arturo Comelibros me ha dado la gran idea. ¡Un escarmiento ejemplar para todos! Vamos a conseguir que se arrepientan de tratar tan

mal a las matemáticas. Es muy sencillo, vamos a hacer que los números desaparezcan, sí, van a dejar de existir... a partir de mañana... –Pitágoras hizo aquí una pausa (sólo faltaba un redoble de tambor)–. ¡¡¡NO HABRÁ NÚMEROS!!! Y cuando digo que no habrá números, quiero decir que no habrá números en ningún sitio, ni siquiera en los cerebros de las personas. ¡He dicho! Y ahora pensad, reflexionad, discurríd, sumad, dividid, dibujad, y después quiero escuchar vuestra opinión.

Los de la mesa enmudecieron, se miraron, hacían extraños gestos, escribían números, dibujaban triángulos equiláteros, pensaban y meditaban sobre las consecuencias de la propuesta. Nadie hablaba. Al cabo de



un rato empezaron a comentar y a preguntar, a corregir, a gritarse, a dudar, a convenirse. No sé si podéis imaginar la escena, veinticinco seres rarísimos salidos de vuestro libro de matemáticas formando un alboroto tremendo.

Fue Numerón quien tomó la palabra en representación de sus colegas:

–Querido y admirado rey Pitágoras V, mis compañeros y yo, después de una intensa discusión matemática, hemos llegado a una conclusión. Todos estamos de acuerdo con tu propuesta... –Numerón, imitando a su rey, tomó aliento–. ¡¡¡NO HABRÁ NÚMEROS!!! Será una lección para todos. ¡Viva el teorema de Pitágoras!







Y todos empezaron a gritar y a dar palmas, y decían cosas como éstas: ¡Tres hurras por los perímetros! ¡Segmentos unidos jamás serán vencidos! ¡Suma, resta y canta una canción! ¡Tres, dos, uno, cero! ¡Ecuaciones sí, gracias! ¡Qué risa, me doblo como un ángulo! ¡Del rombo y del trapecio no nos moverán! ¡ja, je, ji, jo, jul!... (y algunos que dicen que las mates son aburridas).

Luego, dando golpes en la mesa y siguiendo un ritmo machacón, cantaban:

—¡No habrá números! ¡No habrá números!  
¡No habrá números!

Algunos se atrevieron a bailar como en una danza ritual, y al final todos, contagia-

dos, acabaron dando vueltas alrededor de la mesa, gritando: "¡no habrá números!", agachándose y saltando. Allí giraba un siete seguido de un tanto por ciento, detrás iba Pitágoras V con Circulina, una multiplicación, un ángulo agudo que se encogía y se agrandaba, una fracción daba tales botes que el numerador se caía constantemente, todos estaban muy contentos, pero a mí que no me digan, estaban totalmente majaretas.

Además, y esto va a ser muy importante, a Regla de Tres se le ocurrió una cosa genial:

—Ya que ha sido Arturo la gota que ha colmado el vaso de las matemáticas —decía Regla de Tres con mucho aplomo porque sabía que su idea iba a gustar a sus amigos—, propongo que



sea Arturo el encargado de arreglar lo que él ha estropeado. Es muy sencillo y seguro que será divertidísimo, yo pido que los números desaparezcan de todas partes menos del cerebro

de Arturo. Y solamente cuando Arturo comienza a alguien de que los números son necesarios, éstos volverán a existir como hasta ahora lo han hecho.

Toda la mesa aceptó con entusiasmo la condición de Regla de Tres y de nuevo volvieron a gritar y a reír y a escribir números, y a hacer más cosas como si estuvieran chachalados definitivamente. ¡Arturo, culpable, las mates no se rinden!

Y mientras tanto, Arturo en su cama ya estaba a punto de dormirse y no podía imaginar el follón que había organizado y todo por decir: “¡ojalá no hubiera números!”. ¿Cómo se las ingeniará Arturito para resolver el problema que se le avecina?



Durante la noche, los habitantes del País de las Matemáticas dirigidos por Pitágoras V recorrieron toda la Tierra, ciudades, pueblos, pueblecitos, calles, casas, tejados, aceras, escaparates, escuelas, ordenadores, libros, revistas, televisores, no dejaron ni un rincón por revisar. Nadie los vio: eran un poco mágicos. En unos enormes sacos fueron metiendo todos los números que encontraron: doses, un cero, catorces, dos y medio, cinco coma tres, menos siete, el número pi, todos los números a los sacos. Cuando ya no había ningún número en la Tierra, vino la tarea más difícil, que habían encargado al que más sabía de números. Numerón tuvo que actuar con mucho sigilo, se acercaba a la cama de las personas dormidas y haciendo una magia muy antigua les absorbía los números. Numerón inspiraba por



la nariz y se llenaba los pulmones con los números que había en los pensamientos de la gente que roncaba plácidamente. Era como una brisa suave que les acariciaba el pelo. Descubría cada cosa... por ejemplo, en el cerebro de Javier había un cálculo que aseguraba que tres más seis era igual a ocho. Al despertar nadie recordaría lo que era un número... únicamente Arturo se salvaría de este olvido mundial.



Numerón no pudo reprimirse de ir a visitar a Arturo, que dormía igual que una marmota. Le susurró al oído:

—Arturo, Arturito, has armado una buena, pero todo se solucionará si eres capaz de que

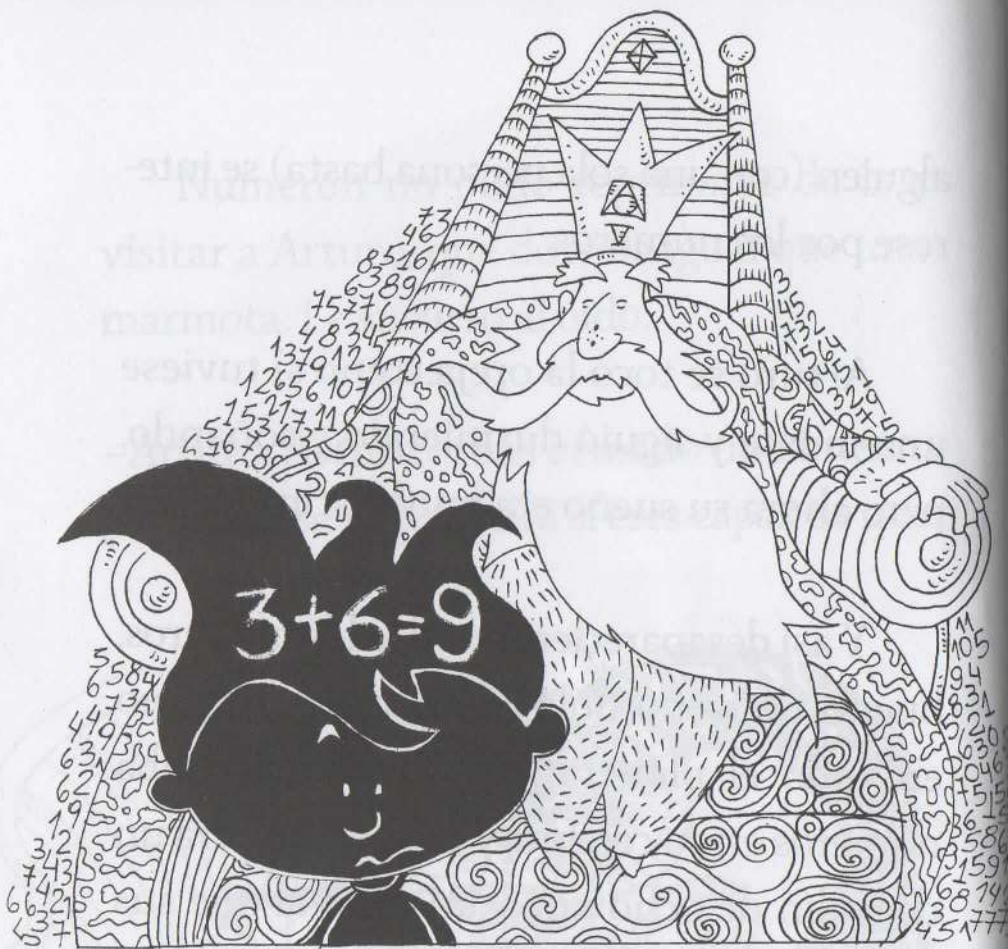


alguien (con una sola persona basta) se interese por los números.

Arturo se tocó la oreja como si tuviese una mosca y siguió durmiendo y soñando, pero ahora su sueño era muy distinto.

Y así desaparecieron todos los números, bueno, todos no. Sólo había un ser humano en todo el planeta que aún almacenaba números en su cerebro, y esa persona era un chavalín de ocho años, un niño al que sus amigos llaman Arturo Comelibros.

Pitágoras V y sus compañeros querían hacer ver a todos los chicos y chicas, hombres y mujeres, que las matemáticas sí eran necesarias, y se fueron con sus sacos a su país



invisible y se pusieron a esperar: “¡Qué sorpresa se van a llevar! ¡Un mundo sin números! ¡Veremos cómo se las apañan!...” sólo Arturo sabría que tres más seis son nueve.

**L**evántate Arturo! –gritó su madre–. ¡Me he quedado dormida! ¡El despertador se ha roto, no se ve la hora!

Arturo se vistió muy deprisa y rápidamente fue a la cocina a desayunar. Se puso su taza llena de leche fría y se frotó los ojos, había dormido regular y soñado extrañas cosas que ahora no podía recordar.

–¿Quieres magdalenas? –le ofreció su madre.

–Sí –contestó Arturo–, dame tres magdalenas, que hoy me he levantado con hambre.

–Pero ¡habla bien, hijo! ¿Qué dices? ¿Tes magdalenas? –preguntó extrañada su madre.

–No, mamá, que quiero tres.

–¿Ves? –se sorprendía mucho su madre–. ¿Qué ves?, te has despertado bromista esta mañana.

–Sí, tres, ya sé que siempre como dos, pero ya te he dicho que estoy hambriento y quiero tres.

–¿Dos? ¿tres?, pero ¿a ti qué te enseñan en el colegio?

–Mamá, ¿te estás riendo de mí?

Quien sí se estaba muriendo de risa era Pitágoras V, que desde un lugar invisible

observaba esa absurda conversación. Arturo y su madre no entendían nada y ya se estaban hartando el uno del otro. En el País de las Matemáticas sabían perfectamente lo que estaba pasando: “¡Arturo, a ver cómo te las ingenias! ¿Conque ojalá no hubiera números, eh? Ja, je, ji, jo, ju”.

El diálogo entre la madre y el hijo terminó:

–Bueno, mamá, me voy al cole, que deben ser casi las nueve.

–¿Qué se mueve? ¡Hijo, qué raro estás hoy!

Arturo llegó corriendo a su colegio y, como siempre, miró el gran reloj de la fachada

para saber la hora. Allí seguía el reloj con sus dos manecillas, pero los números que indicaban las horas habían desaparecido. Por la posición de las agujas, adivinó que faltaban cinco minutos para que sonara el timbre de entrada.

¡¡RIIIIIINNNNNNGGGGGG!! ¡Hala!, todos los niños y niñas a correr. ¡A clase! Comenzaba una jornada más con lengua, sociales, plástica y... matemáticas.

En clase de lengua estaban leyendo *La isla del tesoro*. El profesor mandó leer a una alumna:

–Vamos, Nuria, abre el libro por donde lo dejamos ayer y lee despacio y con voz clara.

Si alguien no entiende alguna palabra, que levante la mano.

–Profesor –intervino Arturo (y es que le gustaba mucho participar en clase)–, ¿por dónde íbamos?

Su amigo Javier contestó:

–Jim acababa de encontrarse con Ben Gunn en la isla.

Arturo buscó en su libro y dijo:

–Ah, ya recuerdo, era el capítulo quince.

–No –dijo el profe–, no aparece ningún lince en ese capítulo.



Y otra vez se produjo un diálogo entre Arturo y su profesor parecido al del desayuno:

–Si he dicho quince.

–¿Esguince?

–No, no me duele el tobillo, he dicho quince.

–¿Quince?

–Sí, el que va después del catorce.

–¿Que va después de Santurce?

Toda la clase se reía con las extrañas palabras que pronunciaba Arturo. Si hubié-



ramos tenido un oído potentísimo, también podríamos haber escuchado las risotadas de Pitágoras V y sus compinches desde su lejano reino. Ja, je, ji, jo, ju.

Nuria leyó muy bien: “Mientras yo hablaba, él palpaba la tela de mi casaca, me acarició las manos, miraba mis botas...”. Todos seguían atentamente ese relato tan interesante, cada uno se imaginaba a sí mismo como un pequeño héroe en una isla misteriosa, bueno, todos no. Arturo pensaba en otra cosa, ya estaba dándole vueltas a la cabeza, porque algo muy raro estaba sucediendo.

–Mi madre se extrañó al oír los números –pensaba Arturo– y ahora el profe no entiende ni quince ni catorce, ah, y el reloj del cole no



tiene números. No puede ser, seguro que es una broma de esas tan bien preparadas entre todos para reírse de mí.

Arturo no dijo nada a nadie y llegó la hora de sociales, su asignatura favorita. Tocaba empezar el tema del descubrimiento de América. A Maite, la maestra, le gustaba mucho hacer preguntas de respuestas muy cortitas. Así comenzó la clase:

—¿Quién sabe cómo se llamaba el señor que descubrió América?

—Yo lo sé —dijo muy contento Nacho—, se llamaba Cristóbal Colón.

—Muy bien —dijo Maite—, como el detergente.

—Se rieron mucho, aunque, la verdad, ya se esperaban ese chiste. Era el de todos los años.

—¿Y cuándo descubrió América?

—Yo lo sé —dijo Arturo con el dedo levantado—, fue en el año mil cuatrocientos noventa y dos.

Toda la clase, incluida la profesora, empezaron a reírse. Una explosión de carcajadas, como si hubiera dicho la bobada más grande de la historia.

—¿Si-cuando-miento-no-entramos? —preguntó Raquel—. Ja, ja, ja, ¿qué has dicho?

—No, ha dicho que mi-tarro-siento-no-venday-tos. Ja, ja, ja.

No podían parar de reír.

Arturo ya comenzaba a enfadarse. Esto era demasiado. Ya no aguantaba la broma más y dijo en voz alta con mucha seriedad:

–¡Mirad el libro! Ahí viene el año.

Abrió el libro, pero su sorpresa fue total. En el libro no venía ningún año: “Cristóbal Colón descubrió América hace mucho tiempo, en el año ”. Hojeó el libro más detenidamente. ¡NO HABÍA NÚMEROS! Ni de páginas, ni de capítulos, no había años, ni siglos, ni edades, no había ni un solo número, en su lugar había espacios en blanco.

Arturo gritó un poco nervioso:

–¡Han desaparecido los números!

–¿Húmeros? –preguntaron varios compañeros a la vez–, ¿los huesos?

–¿Números? –repitió la profesora–, ya has estado leyendo esos libros de historias raras. Ay, Arturo, cuántas veces te he dicho que esas aventuras son inventadas.

Ja, je, ji, jo, ju, se oían unas risas muy bajitas allá a lo lejos, ¿sabéis de quiénes eran?

Llegó la hora del recreo. Arturo decidió espiar a sus amigos sin decirles nada. Pudo oír conversaciones como éstas:

–¡Otro gol! ¡Vamos ganando mucho a poco!

-No exageres, vamos poco más a poco menos.

-Que te lo has creído, ganamos montones de goles a casi nada de goles.

-¡Ja!, si os metemos más goles, empatamos.

Dos chicas hablaban así:

-Mira, me han regalado estos lápices.

-¡Hala!, tantos como patas tienen las arañas.

Y otras dos decían:

-Esta tarde quedamos.

-Vale, ¿cuándo?

-Algo más tarde de que el Sol se oculte detrás del edificio alto que tiene los toldos naranja.



Y también oyó a otro grupito:

–Mañana es mi cumpleaños y os invito a casa.

–¿Cuál era tu casa?

–Está en la calle Vendaval y mi portal es el que está lejos de la esquina, cerca del estanco, muy cerca de la panadería, pero no al lado, y un poco lejos del bar que tiene letreros azules.

–Vale, intentaremos no perdernos. ¿Y cuántos años cumples?

–Más que mi hermanita pequeña, creo que ya cumplo tantos años como los dedos de la

mano derecha y algunos de la mano izquierda, no estoy muy seguro.

Arturo comprendió que a todos esos niños y niñas les faltaba algo:

–¡No utilizan los números! –reflexionaba Arturo muy sorprendido–. ¡Qué complicado lo hacen todo!

Poco a poco, Arturo fue recordando la pesadilla que había soñado. Era algo sobre números que se esfumaban, y él tenía que recuperarlos.

Llegó la clase de matemáticas. Va a ser imposible que demos clase, pensaba un Arturo totalmente desconcertado.

Para más recochineo, le tocó a él hacer el problema, y el profesor tenía cara de pocos amigos.

–Arturo –dijo Lucas–, lee el problema de los discos y explica cómo se resuelve.

Arturo abrió el libro, buscó el problema como pudo, ya que no había numeración en las páginas, y comenzó a leer muy despacio:

–Reparte discos entre chicas.

Arturo veía que ese problema carecía de sentido, no se decía ni el número de chicas ni el de discos, ¿cómo se iba a resolver? Arturo, con un poco de susto, reconoció que no sabía la solución.

–¿Cómo que no? –el profesor se sorprendía de que Arturo no supiera eso tan sencillo–, si es el más fácil. Reparte discos entre chicas. Lo hace hasta un marciano.

–Es que creo que faltan datos –dijo Arturo con algo de timidez.

–¿Qué dices, Arturo? Ya me ha comentado la profesora de sociales que hoy estás algo raro. En fin, tú, Luis ¿cómo se hace?

–Es muy fácil, profesor. Se divide y ya está, la respuesta es que cada chica toca a varios discos.

–Muy bien, muy bien. Así se divide.

Arturo ya tenía todo claro. La pesadilla se había convertido en realidad y alguien había hecho desaparecer todos los números.

Algo bueno tiene esto, pensaba Arturo, no tendré que hacer esas sumas horrorosas.



**Y** ¿qué pasaba fuera del colegio?

Lo que pareció empezar como una broma se fue convirtiendo lentamente en algo muy serio. El ambiente se notaba diferente, las personas no se entendían, había situaciones extrañas y diálogos de besugos. El mundo se estaba poniendo enfermo.

Las calculadoras se habían convertido en unas extrañas máquinas con signos de operaciones pero sin números para operar. ¡Qué absurdo!

Nadie sabía bien qué autobús tenía que tomar. No tenían número.

La gente se perdía en las calles porque los edificios no estaban numerados.

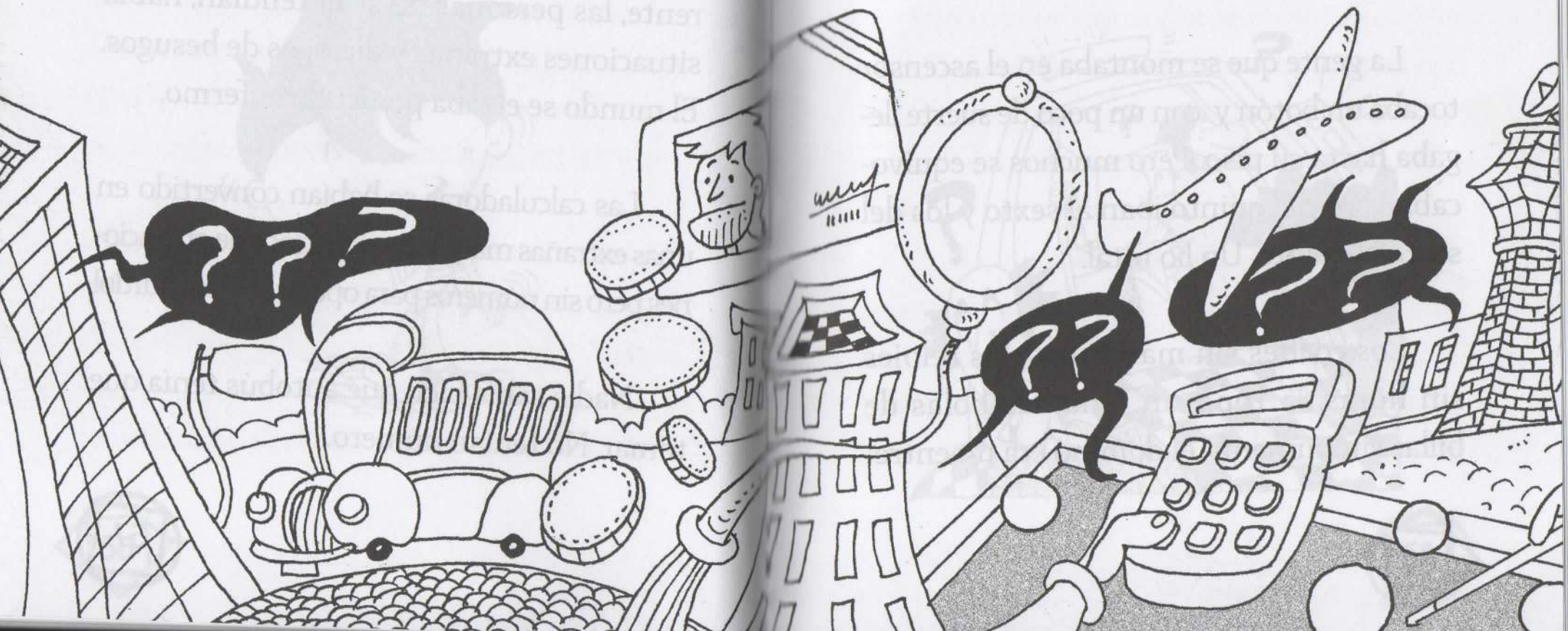
La lotería fue un caos. Los boletos no tenían números. Las bolas del bombo parecían canicas.

Ningún niño sabía la edad que tenía.

En el mercado la gente decía:

—Déme naranjas, muchas pero no demasiadas.

Las balanzas no servían de nada.





Al comprar los zapatos, se armaba un guirigay de los buenos:

–¿Qué tamaño de pie tiene usted?

–Como los filetes de ternera.

–Más bien parecen filetes rusos.

La gente que se montaba en el ascensor tocaba un botón y con un poco de suerte llegaba hasta su piso. Pero muchos se equivocaban, los del quinto iban al sexto y los del sexto al quinto. Un lío total.

Los coches sin matrículas, los relojes sin horas, la ropa sin talla, las bolas de billar sin números, el dominó era un entre-

tenimiento disparatado y ya no se podía jugar al parchís ni al cinquillo.

Pero la desgracia fue haciéndose preocupante cuando la gente quería pagar. Ni las monedas ni los billetes indicaban su valor y en las tiendas se discutía todo el rato, poco a poco se iban perdiendo los nervios:



-¿Cuánto vale este cuaderno?

-Vale algunas monedas doradas y otras pocas plateadas.

-Pero si esta mañana me dijo que valía pocas monedas doradas y algunas plateadas. ¡Usted me está timando!

-¿Cuánto vale este aparato de música?

-Empiece a darme billetes mientras yo leo esta poesía, y cuando la termine, usted se detiene y ése es el precio.

(Y el dueño de la tienda leyó muy despacio la poesía y el aparato de música resultó ser carísimo).

-¿Se cree que me chupo el dedo gordo? ¿Y aquella camisa?

-Ésa vale mucho mucho mucho, casi como aquel pantalón sin cinturón.

-¡Ja! No me creo nada.

Por la televisión y por la radio, todas las noticias que daban eran incompletas, pero a nadie le importaba mucho, como no sabían nada de los números...

Por la tarde, Daniel, el pequeñín, ya estaba en su habitación bostezando, y como aún no sabía hablar, no se enteraba del asunto de los números (por eso no aparece mucho en esta historia). Arturo y sus padres estaban juntos

viendo un partido de fútbol por la tele. Fue muy gracioso. Al comenzar, uno de los equipos dijo que el rival tenía más jugadores que los permitidos y se armó una discusión como las que se forman en los patios de los colegios. No se ponían de acuerdo y además el árbitro no sabía contar. Arturo se desesperaba:

—¡Claro! ¡El equipo de rojo tiene doce jugadores!

—¿Goce? —preguntaba distraído el padre.

—Sí, ya desde el desayuno Arturo está diciendo palabras rarísimas —apuntó la madre.

—No, si no entendéis —Arturo no tenía muchas ganas de hablar. Ya estaba preparando un plan.

Al final, el árbitro tuvo que hacer parejas para equilibrar los equipos y fue divertidísimo. El portero se cogió de la mano del portero rival, el defensa central hizo lo mismo con el defensa central contrario, todos de la mano (como si fueran a cruzar una calle), y así, formando parejas, el árbitro descubrió que había un jugador que se quedó solo y lo echó al banquillo. “¡Usted, el de rojo, márchese!”. El partido pudo comenzar y metieron un montón de goles y nadie sabía cuál era el resultado. Y además no sabían cuánto tiempo quedaba. El árbitro pitó el final cuando le entraron ganas de cenar y el público abucheó. Los padres de Arturo se reían mucho y Arturo empezaba a preocuparse de verdad. La televisión se iba viendo cada vez peor y salían rayas y rayas y de repente se apagó.

Poco a poco el caos se iba apoderando de la Tierra. Aeropuertos colapsados (no había horarios, ni precio de billetes, ni número de asientos, ni número de puerta de embarque); los hospitales empezaron a tener problemas con los aparatos electrónicos y con las dosis de los medicamentos; en el campeonato del mundo de atletismo que se celebraba en Roma se armó una pelea tan gorda que tuvieron que suspenderlo; por la carretera, los coches iban a toda velocidad, sin límite; todos los ordenadores dejaron de funcionar... La cosa se iba poniendo fea feísima, y lo que parecía un cuento infantil se iba convirtiendo en un conflicto que podía acabar con todo el mundo. Los niños no podían jugar a la consola, y eso sí que les fastidiaba. Ade-

más de los computadores, un montón de artefactos se estropearon, cajas registradoras, teléfonos, radios, televisores, lavadoras, máquinas sofisticadísimas de cirugía, todo se iba apagando, como muriendo poco a poco, como si les faltase la gasolina, como si un perrito no tuviese agua para beber... y es que los números son muy importantes.

¡Qué cosas!, todo porque un niño dijo: “¡ojalá no hubiera números!”, y lo mejor del asunto es que ese crío es el único que puede salvar la Tierra.

Arturo se metió en la cama cuando su padre le dijo que ya la Luna estaba por encima del piso de la señora de los gatitos

y eso significaba que había que dormir. En la cama, Arturo no se concentraba para leer. Fue repasando todos los detalles del día y se dio cuenta de que había muchas cosas en peligro.

Los números nos hacen falta –pensaba–, aunque haya que hacer sumas y multiplicaciones largas.

Pero ¿qué podía hacer Arturo?

Pitágoras V también percibía que el asunto se le estaba escapando de las manos. A él mismo le sorprendió comprobar la verdadera importancia y necesidad de los números, y decidió ayudar un poco a Arturo.



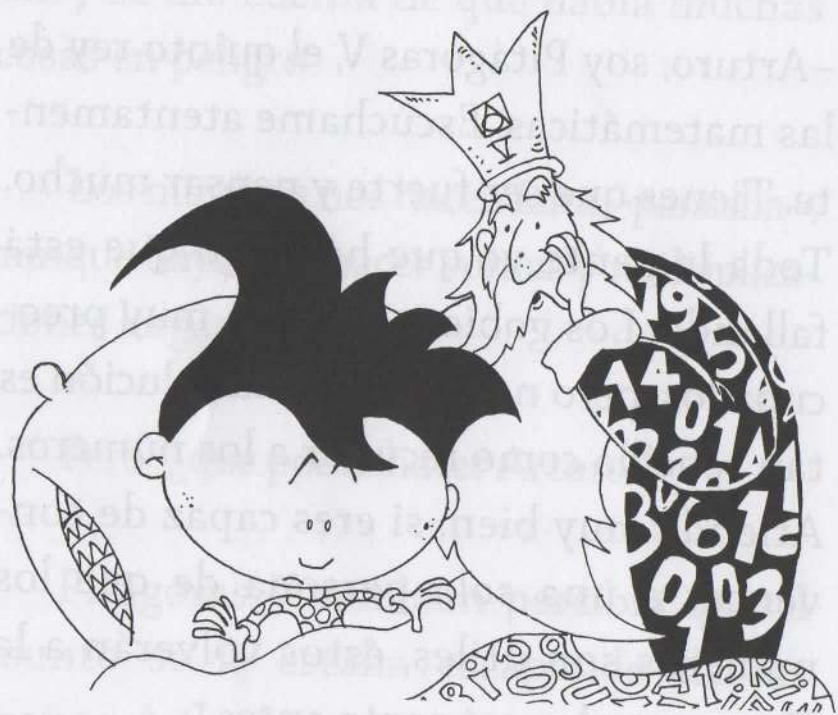
ab Cuando Arturo Comelibros se quedó dormido, se acercó Pitágoras a su oído y le susurró estas palabras:

–Arturo, soy Pitágoras V, el quinto rey de las matemáticas. Escúchame atentamente. Tienes que ser fuerte y pensar mucho. Toda la gente ve que hay algo que está fallando. Los gobiernos están muy preocupados, pero no saben que la solución es tan sencilla como recurrir a los números. Atiende muy bien, si eres capaz de convencer a una sola persona de que los números son útiles, éstos volverán a la Tierra y todo será como antes.

Imaginad por un momento que tenéis que convencer a vuestros padres, a vuestras



profesoras, a los amigos y hermanos, de que el tres y el siete son necesarios. ¡Vaya papelón!



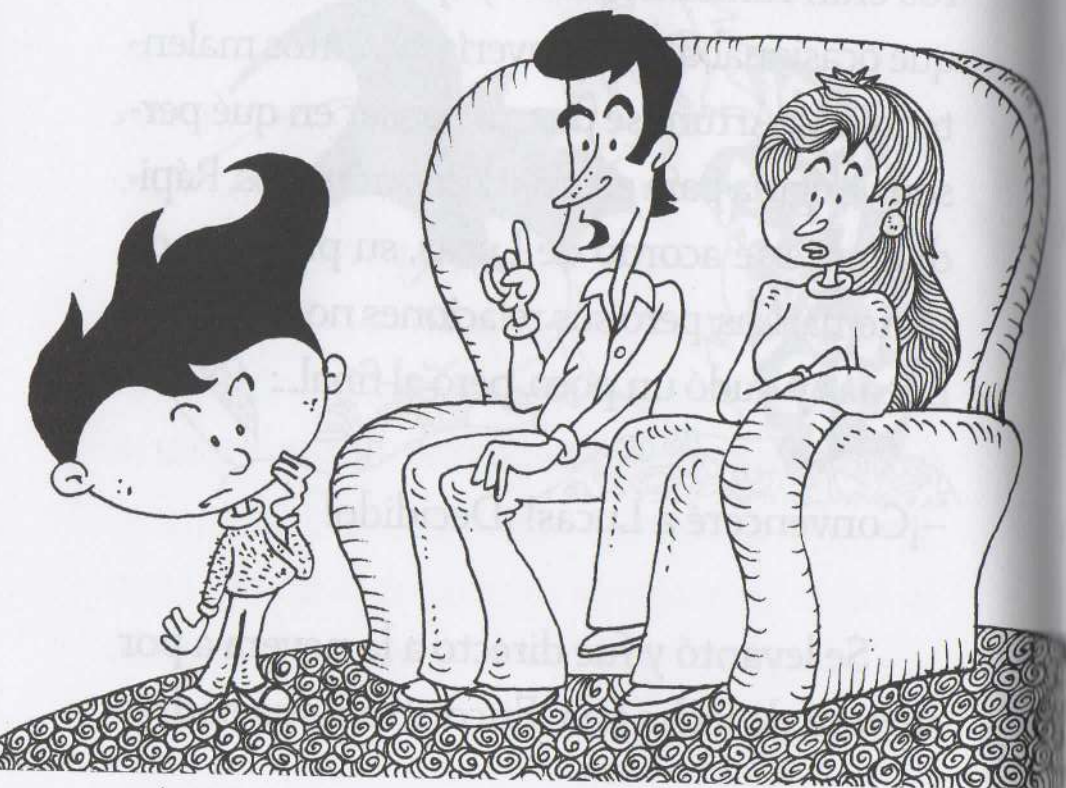
Arturo se despertó y recordó perfectamente todo lo ocurrido durante la noche. Tenía que elegir a alguien, hacerle ver que los números eran fundamentales y que su falta era lo que ocasionaba tantas averías y tantos malentendidos. Arturo se puso a pensar en qué persona elegiría para enseñarle los números. Rápidamente se acordó de Lucas, su profesor de matemáticas, pero sus relaciones no eran muy buenas y dudó un poco, pero al final...:

—¡Convenceré a Lucas! ¡Decidido!

Se levantó y fue directo a la nevera a por su vaso de leche fría. Encontró a sus padres

en la cocina con caras serias. Algo pasaba. Algo grave.

–Hola, hijo –dijo su padre mientras le frotaba la cabeza–, siéntate, que tenemos que



decirte algo. Fíjate, la nevera se ha apagado, no hay luz, el teléfono tampoco da señal, y ni la televisión ni la radio funcionan. No sabemos lo que es, parece una película de ciencia ficción de las que tú sacas del vídeo-club. Tenemos que estar tranquilos, no te asustes.

La verdad es que esas palabras del padre no hubieran tranquilizado a ningún hijo, pero Arturo sabía perfectamente el motivo de aquel caos. Había que actuar con rapidez.

–Papá, yo sé la causa de todo este desbarajuste. Es por los números.

–¿Números? Ya estás con tus palabras inventadas.

–No, papá, esta vez va en serio.

Dieron unos golpes en la puerta. Era su amigo Javier, que venía a buscarle para ir al cole. El padre de Arturo los acompañó porque estaba un poco temeroso. Vaya atasco que había por la calle, los semáforos estaban como locos, se ponían en rojo o en verde cuando les daba la gana, sin ningún control. Mucha gente gritaba, el nerviosismo se iba apoderando de la ciudad, y lo mismo pasaba en todos los lugares del mundo.

En el colegio había muchas madres y padres que no querían dejar solos a sus hijos. Nadie sabía lo que pasaba. En un momento de descuido de su padre, Arturo se escabulló dentro del colegio y fue a buscar a Lucas, su profe-

sor de matemáticas. Lo encontró en el bar hablando con otros profesores y le interrumpió:

–Don Lucas, tengo que hablar con usted.

–Pero Arturo, ¿no ves que estoy ocupado?

–Es muy importante.

–Espera a que termine el café.

Vosotros ya sabéis lo difícil que es que un adulto se fije en un niño. Arturo no se rindió y volvió a la carga.

–Don Lucas, es algo importantísimo, es sobre las matemáticas –Arturo sabía cuál era el punto débil de su profe–, están en grave peligro.



–Está bien, acompáñame al departamento, creo que hoy no habrá clases.

Subieron las escaleras y entraron en el departamento de matemáticas. Se sentaron.

–Cuéntame –dijo el profesor.

Como si fuera tan fácil, ¡je!, cuéntame. ¿Por dónde podía empezar Arturo?

–¿Usted no se acuerda de unas cosas llamadas números?

–Pues no. Y por favor, no me hagas perder mucho tiempo, que no estamos para bromas.

–Es que...

Arturo se quedó callado. ¿Cómo podría un niño explicar a su profesor de matemáticas lo que son los números? Él no era un portento en matemáticas, siempre sacaba suficiente. Pero Arturo Comelibros era un niño, y también sabemos que los niños no se desaniman nunca. Tomó un montón de aire por la nariz y lo expulsó lentamente por la boca (lo había visto en las películas: lo hacía el héroe antes de empezar una misión complicada). Estaba dispuesto.

Por entre los estantes, escondidos, había unos seres extraños muy bien camuflados y atentos a la conversación que allí iba a tener lugar. Un alumno y un profe frente a frente. Un alumno haciendo de profesor y un pro-

fesor haciendo de alumno. Pitágoras V no quitaba ojo ni oído.

–En matemáticas hay unas cosas que se llaman números y sirven para contar y también para medir –hasta el propio Arturo se sorprendió de lo bien que lo estaba explicando–. Pero en el reino de las matemáticas se han enfadado por culpa mía y han hecho desaparecer todos los números. Mi tarea es explicarle a usted qué son y para qué sirven.

–Por favor, no empieces con tus historietas –le cortó Lucas–, que estoy nervioso. Están pasando sucesos incomprensibles.

–¡Claro!, es por culpa de los números.

–¿Números? –preguntó el profe, que parecía empezar a interesarse.

–Sí, antes el libro de mates estaba repleto de números como el ocho o las fracciones o los números decimales. Usted no paraba de mandarnos sumas larguísimas y multiplicaciones.

–Bueno, tranquilo, cuéntamelo despacio.

–¿Cuántas orejas tiene usted? –el profesor Arturo lo hacía muy bien, con mucha seguridad.

–Éstas –respondió agarrándose los lóbulos.

–Muy bien, ¿y cuántos dedos tiene en la mano izquierda?

–Pues todos éstos.

–Exacto. Entonces decimos que tiene dos orejas y cinco dedos. Dos, cinco, son números: el 2 y el 5 –dijo mientras escribía un 2 y un 5–, ¿lo va entendiendo? Sirven para distinguir cantidades.



–Dos, cinco –repetía Lucas muy atento.

–Y hay más números. El uno que se escribe 1, son los relojes que tiene usted en su muñeca. Luego viene el dos. El tres se escribe 3, y son los bolígrafos que hay ahora en la mesa. Y el cuatro, 4, que son los lados que tiene la pizarra. Cinco, 5, que ya lo hemos aprendido.

–Uno, dos, tres, cuatro, cinco –repetía el alumno Lucas mientras escribía 1, 2, 3, 4, 5, como si fuera un niño de seis años.

–Repasemos un poco. ¿Cuántas narices tenemos? –le preguntaba Arturo.

–Uno –contestaba Lucas.

–Bueno, no está muy mal, pero se dice *una* porque es femenino. ¿Cuántas patas tiene un caballo?

–Muy fácil, cuatro patas. ¿Qué creías, que iba a equivocarme?

–¿Cuatro? –Arturo se moría de risa.

Mientras tanto, Pitágoras, Regla de Tres y Numerón se miraban satisfechos. Arturo lo estaba explicando muy bien, con mucha paciencia, como un verdadero profesor, sólo faltaba que Lucas lo entendiese.

Esta clase particular que Arturo ofrecía a Lucas se prolongó durante mucho tiempo. Utilizaron un montón de hojas, y poco a

poco Lucas fue aprendiendo los números, a sumarlos y a restarlos. Aprendió las fracciones y los números decimales. Era un alumno aventajado y su profesor estaba muy contento.

–Muy bien, muy bien, lo va entendiendo –le decía Arturo.

Lucas estaba encantado:

–Claro, entonces, si hay tres grados por debajo de cero, decimos que estamos a menos tres grados y le pongo un signo menos delante:  $-3$ . ¡Qué interesante! –Lucas disfrutaba de verdad–. Si divido esta hoja en cuatro partes y cojo tres, digo que he cogido los tres cuartos y se escribe así,  $3/4$ , y se llama fracción. ¡Es genial!, me gusta esto de los números.

Y Lucas siguió aprendiendo y aprendiendo.

—¿Cinco más siete? —le preguntaba Arturo.

—Once, ¡no!, doce.

—Muy bien. ¿Tres por seis?

—Dieciocho.

—¿Cómo se pone el cinco con números romanos?

—¡Qué fácil! —Lucas escribió una V—, con una uve.

Y así fue cómo Lucas entendió lo que eran los números y aprendió a operar con

ellos. Entonces, al estar tan contento, gritó como si fuera un niño:

—¡VIVAN LOS NÚMEROS!

Y Arturo gritó también:

—¡VIVAN LOS NÚMEROS!



Arturo le dijo:

–Bien, ahora veremos si sabe hacer esta suma. Es muy fácil –dijo imitando la voz de Lucas–, la hace hasta un marciano.

Y fijaos qué recochineo, la suma que le puso fue ésta:

$$\begin{array}{r} 3567895 \\ + 1297637 \\ \hline \end{array}$$

Sí, la misma que ocasionó todo este desastre. Arturo se la había aprendido de memoria.

Lucas se frotó los ojos:

–Es larguísima, a quién se le ocurre poner esta suma tan difícil.

–Ja, je, ji, jo, ju –Arturo se reía como Númerón–, esta suma la mandó usted el otro día. Venga, venga, no se distraiga.

Lucas comenzó a operar.

–Eh, eh –interrumpió Arturo–, piense en voz alta, eso es lo que usted siempre nos dice en clase.

–Vale, vale... –dijo Lucas poniendo cara de científico sabio–... Cinco más siete son doce y me voy con una...

–Se dice: “me llevo una” –le corrigió su maestro don Arturo.

–Eso..., cinco más siete son doce y me llevo una, pongo un dos y sigo, una que me llevo más nueve son diez y más tres son trece...

–Lucas lo hacía muy bien, ¡había tenido un magnífico profesor!

–¡Ya está! –dijo muy contento Lucas–. La solución es:

$$\begin{array}{r} 3567895 \\ + 1297637 \\ \hline 4865532 \end{array}$$

¡Vaya número grande! A ver si lo sé leer, hum, cua, hum, sí: cuatro millones, ochocientos sesenta y cinco mil, quinientos treinta y dos.

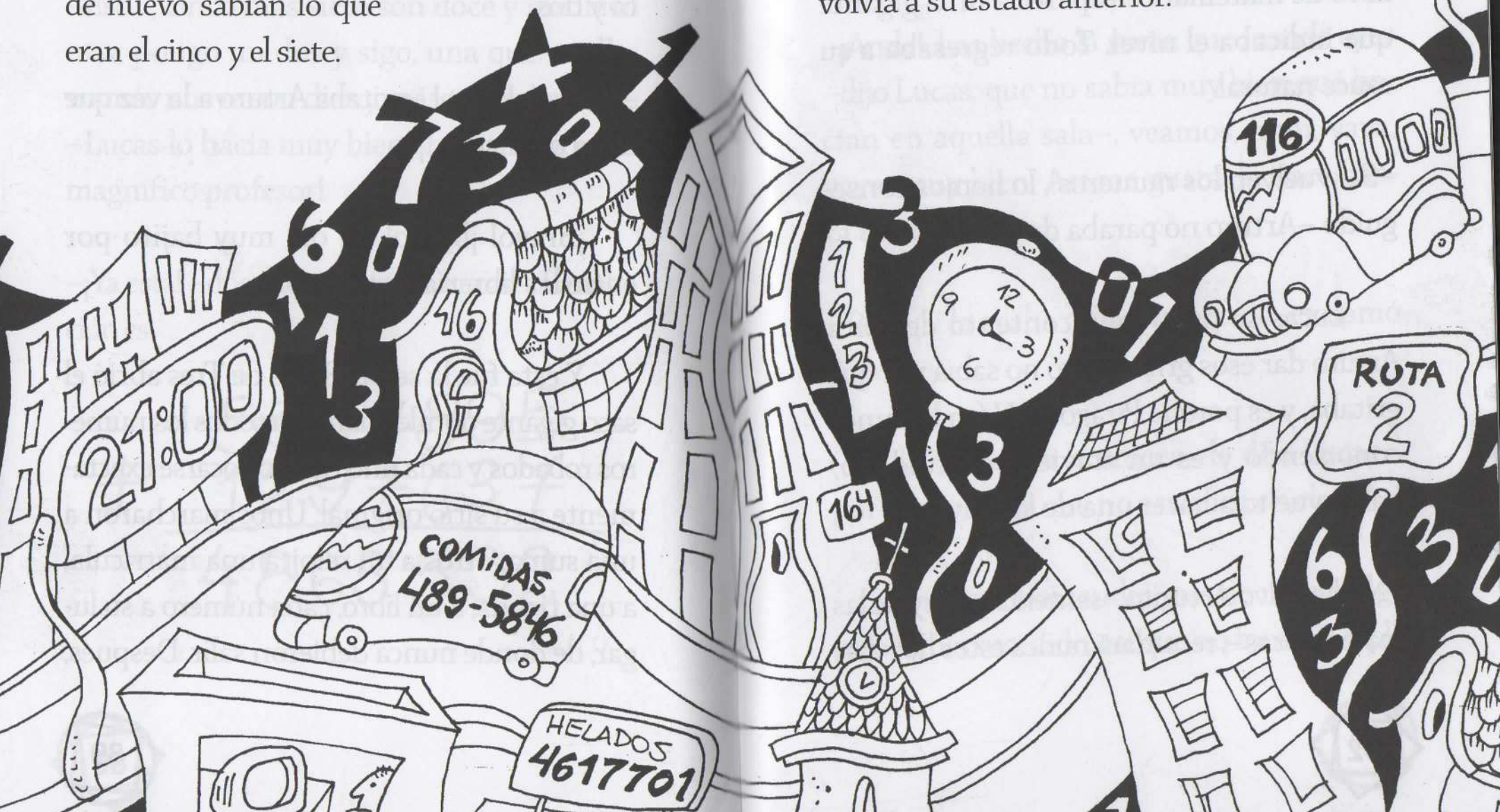
–¡Bravo! ¡Bravo! –gritaba Arturo a la vez que daba palmadas.

¡Bravo! ¡bravo!, se oía muy bajito por entre las librerías.

Y ésta fue la señal. Regla de Tres abrió el saco gigante donde guardaba todos los números robados y cada uno fue a colocarse exactamente a su sitio original. Unos marcharon a una suma, otros a un reloj, a una matrícula, a una tienda, a un libro, cada número a su lugar, de donde nunca debieron salir. Después,

Numerón realizó una magia que nosotros no podemos aprender y devolvió a todos los cerebros sus números. Las personas de nuevo sabían lo que eran el cinco y el siete.

Regresó la electricidad, los ordenadores empezaron a funcionar, en los hospitales las máquinas se pusieron a trabajar, todo volvía a su estado anterior.





Arturo observó que al reloj de Lucas le habían salido de nuevo los números del 1 al 12. También vio que en la portada de un libro de matemáticas aparecía un 3 gigante que indicaba el nivel. Todo regresaba a su cauce natural.

–Sí, ¡vuelven los números!, lo hemos conseguido –Arturo no paraba de gritar.

Lucas se puso muy contento de ver a Arturo dar esos gritos, pero no sabía por qué gritaba, y es porque Pitágoras V (ya le vamos conociendo y es un travieso de cuidado) había vuelto a hacer una de las suyas:

–Nadie, salvo Arturito –sentenció el rey de las matemáticas–, recordará nunca estos dos días

en los que los números abandonaron la Tierra. Arturo Comelibros ha aprendido la lección y con eso nos damos por satisfechos.

–¡Anda!, has hecho la suma que mandé ayer –dijo Lucas, que no sabía muy bien qué hacían en aquella sala–, veamos, hum, vaya, vaya, muy bien. Así me gusta, la hace hasta un marciano.

–Pero ¡si la acaba de hacer usted! –exclamó Arturo.

–Anda, anda, no bromees –le dijo Lucas–, por cierto, ¿por qué no estamos en clase?

Arturo comprendió que de nuevo algo raro había sucedido, así que no intentó expli-

carle nada a Lucas, ¿para qué?, no iba a creer su historia.

—¿Sabe una cosa? A partir de hoy me gustan las matemáticas —dijo Arturo todo orgulloso.



Arturo pudo ver que tres seres extrañísimos con formas geométricas salían volando por la ventana, uno arrastraba un enorme saco vacío. El último, antes de desaparecer, se giró y le guiñó un ojo. En su cabeza llevaba una corona con cinco puntas en la que se podía leer: "Pitágoras V".

—¡Adiós, Pitágoras! —dijo Arturo.

—¿Qué dices? —preguntó Lucas.

A lo lejos, volando, se oyeron unas risas. Ja, je, ji, jo, ju.

